

A los lectores de ANCORA

Justo es que en correspondencia a las muchas atenciones que, a diario, ustedes me prodigan con sus escritos, saliera yo en alguna ocasión con casi el mismo título de todas las semanas para, luego de agradecerles sus infinitas bondades, demostrarles que en el patriótico empeño de sus plumas no puede la mía salirse por lo cómodo.

Toda función periodística debe, a mi entender y ante todo, aborrecer la comodidad, en bien del interés público por el que se labora y también porque es infinita la responsabilidad que ante la historia contraemos aquellos que, al velar por los sagrados intereses de la ciudad, entendemos defender la más justa de nuestras causas.

Así es que en esta correspondencia de hoy, continuación de la que ustedes vienen dirigiéndome, es lógico y natural que se prosiga el capítulo de nuestras quejas, puesto que salir a la calle sólo que para tomar el sol, sería tanto como ejercer la más vulgar de las funciones domésticas, tanto como llenar nuestras cuartillas con los saldos que todas las semanas presenta la lavandera a la confiada resignación de nuestras amas de casa.

Además—¿a qué negarlo?—me causa hoy cierta ilusión comparecer ante ustedes en misión de expedidor, y no de semanal destinatario. Que alguna vez debían turnarse los papeles y tan pacíficamente como lo estoy efectuando.

Y dispuesto ya a continuar con mis nuevos dictados, no quiero, señores, cerrar el presente, sin desear que ustedes pasen, alegres y felices, las jornadas de esta Fiesta.

A mis queridos e ilustres antepasados

Perdonad que hoy a vosotros me dirija de forma tan llana y vulgar cual va a ser esta epístola, cual va a ser para quienes, como vosotros, dejásteis en nuestros Museos presencias de pergamino en maravillosas filigranas caligráficas.

No. Vosotros, mucho más aristocráticos, hubiérais escrito uno de tantos otros *Manifiestos En Defensa de la Verdad* en lugar de, tentados, corroidos por la modernidad, escriturar un tema mayúsculo bajo la misma fórmula que hoy usa, tanto la disciplina mercantil, como el que escribe a su novia los arrebatos del alma. Hoy muy pocos distinguimos. La velocidad—la frase es común—no deja ya tiempo para nada. Llegamos, es cierto, más veloces, para luego, en verdad, aburrirnos más temprano.

Con todo, si es que verdaderamente echáis de menos mi Manifiesto a la Verdad, consoláos en saber que en esa nuestra ocasión, la verdad está ya manifiesta. En pocas palabras se dijo sola. Y los días a por llegar cuidarán como siempre de ratificarla.

Mientras tanto, resignáos, por favor, con la idea según la cual es muy posible que no acabe este siglo sin dejar celebradas las fiestas de nuestro milenario. Lo que pasa es que mil años son mucha historia y en estos días de tantas preocupaciones disponemos de muy poco tiempo.

Además, las comunicaciones andan hoy tan mal, que tanto Valladolid como Montecasino caen muy lejos.

De todos modos, quizá en el extraordinario de ANCORA del próximo año y siempre a base de que Corea no pase por el pasillo de Dantzig, es posible que pueda daros mejor noticia. Al menos yo querría que así fuera. Como también de que en el Arco de San Benito se le repusiera la imagen del Santo para que, a cambio de tan magnífico adorno, pudiéramos por fin quitarle la acacia que agrieta sus paredes.

A mis amigos del C. de F. Guixols

La idea de poner el Campo de Deportes bajo el patronato y salvaguardia Municipal, me pareció francamente excelente. Sin decir que pretendamos que ahora el Municipio convierta nuestro feudo deportivo en una obra del tamaño del Estadio Viguerense, sí que por lo menos será posible emprender idénticas y parecidas gestiones a las que recientemente realizaron nuestros simpáticos convecinos de Tossa, logrando del Estado la bonita suma de 135.000 pesetas.

Sé y me consta que por vuestra parte laboráis lo indecible en ansias de alcanzar nuestra rehabilitación deportiva. Puestos a hacer bien las cosas ¿no sería quizá este el momento de cambiar las iniciales de C. F. por las de A. D.?

Ateneo Deportivo Guixols. El nombre no suena mal, y con nombrarlo da coraje para emular las glorias de nuestro antecesor. A la vez que es un acto de justicia, en tributo que merecen aquellos de los cuales, y en lo deportivo, arranca nuestra historia.

Señores, quienquiera que seais, comoquiera que os llaméis

A nadie me dirijo, aunque a todos digo:

¿No habría manera de lograr que de una vez y para siempre no resultara el agua en nuestra ciudad artículo de lujo?

Nunca tuvimos problema más sentido ni en consecuencia otro que reuniera mayores adhesiones de las que lograría cualquier actitud que hiciera chorrear los grifos y no precisamente de intenciones y palabras.

Toda voluntad tendiente a solucionar definitivamente este agobio vamos a considerarla como muy laudable, objetivo que, dicho sea de paso, no proviene de laudo.

Y conste que, aunque el tema lo imponga, reservo in mente y para la próxima ocasión, hablar de la sequía que brota de lo que dimos en llamar Fuente de Monticalvario.

A todos los grupos culturales de la ciudad

Este año de 1950 que, de rodar las cosas de muy distinta manera debía haber sido oficialmente para la ciudad su verdadero año de gracia, menos mal que ha sido realmente solemnizado con esa magnífica floración de vocaciones culturales que, tras muy largo tiempo de incomprensibles silencios, han renacido entre nosotros con el ímpetu y ardor de nuestros días mejores.

A todas esas agrupaciones y sin excepción, vaya por adelantado y muy rendido nuestro aplauso. Dos cosas únicamente tengo empero que lamentar, ya que como advertí en la primera de mis cartas me hallo, como cualquier otro ciudadano, escribiendo mi capítulo de quejas.

¿Por qué—y ahí va la primera—aquella Agrupación teatral que logró darnos una representación perfecta de un calibre como «El ferrer de tall», no se prodiga más a menudo?

La segunda es ya, si ustedes quieren, de menor cuantía. Lamentar simplemente que otra de nuestras muy queridas instituciones, no haya tenido tiempo de leer todavía el extraordinario que publicó CHUT en 1949.

A los organizadores de esta Fiesta

Realmente es una lástima que, como en años anteriores, nuestra fiesta no tenga de Mayor más que el nombre.

Bailes, sardanas, aluminio y el aceite de las churrerías. Sin ánimo de adentrarme por los complicados caminos del Arte que a Dios gracias, existen todavía personas que no los olvidan, nuestra Fiesta deja que desear.

«Las Fiestas Mayores son todas iguales.» Esta exclamación como todas las frases baratas, todo el mundo las dice y nadie las cree. Lo más parecido a un hombre, es otro hombre. ¿Y hallarían ustedes, entre sí dos cosas más distintas?

Lo más parecido a la verdad es muchas veces la mentira. La mentira de creer que nuestra fiesta es buena, porque el paisaje es magnífico.

Y por último

A usted le digo, señor cajista, que al componer estas mis líneas no crea que San Feliu sea tan malo como, a su parecer yo lo pinto. Lo que pasa, es que todos lo queremos mucho, tanto, como para decirnos la verdad así por las buenas, tal y como en familia se dicen siempre los hermanos.

Enrique Descayre